

Artigo publicado na revista *El rapto de Europa* n.º 30, diciembre 2015

Salir al escenario y poder miraros a los ojos

Buenas tardes, nos han invitado a participar en este monográfico sobre el teatro que están haciendo ahora eso que seguimos llamando compañías, y lo primero que nos gustaría decirnos es que para nosotros hacer teatro ahora de la manera que lo hacemos en nuestra compañía es simplemente eso: salir al escenario y poder miraros a los ojos. Parece simple pero no es fácil. Muchas veces salimos al escenario y las condiciones en que realizamos nuestro trabajo nos permiten apenas intentarlo. Entonces hacer teatro es combatir la ceguera. Sobre todo cuando nos deslumbra la realidad que hay frente a nosotros y no podemos reconocer los ojos de quien nos está mirando. Hablamos de cosas que son tan sencillas que resulta muy difícil entenderlas. Por eso siempre estamos buscándole un significado que no tiene a lo que hacemos. Vosotras hacéis lo que hacéis para ganaros la vida lo mejor que podéis y ya está. Nosotros intentamos hacer lo mismo, pero una precariedad sistémica y un ámbito cultural totalmente controlado por las administraciones públicas nos lo ponen más difícil. Tanto es así que, contra lo que podáis estar pensando, las subvenciones en realidad no benefician a la creación sino que reducen sus posibilidades de desarrollo social, cultural y económico. Os lo digo en serio, nosotros no nos las hemos inventado y es el propio sistema, el gobierno, los partidos, las instituciones, los que no quieren ni oír hablar de cambiar las cosas. Para ellos sería mejor suprimirlas y cada uno que se busque la vida, como si no fuera con ellos, o con vosotras. Aquí nadie nos regala nada y en lo que hacemos no todo es mirarse, claro. Lo importante cuando hacemos teatro es reconocerse como parte de eso que está pasando ahora y aquí. Y no solo como una parte, sino siendo una parte que nos ayuda a entenderlo todo. En

cualquier caso, hablamos de partes y nunca de mitades porque según dicen segundas partes nunca fueron buenas. Y además lo nuestro siempre ha sido tomar partido y luego jugarlo. Y partirse la cara. Tampoco salimos al escenario solo para miraros a los ojos, es cierto, muchas veces salimos al escenario buscando nuestro mejor perfil, pero al final siempre acabamos dando la cara. Y cuanto más damos la cara más vamos de culo. De ahí la certeza de que la vamos a cagar. De que la estamos cagando.

Lo de mirarse a los ojos lo que quiere decir es que no queremos estar solos.

Lo bueno del teatro es que nos obliga a disfrutar de la compañía. Podríais estar solas en vuestra casa leyendo un libro o viendo una película. Incluso podríais estar en el cine vosotras solas y ver una película. O quedaros mirando un cuadro vosotras solas, enamoraros de él hasta el punto de no poder vivir sin estar a su lado para no dejar de mirarlo nunca y podríais llevároslo a casa. O coger un libro en cualquier sitio, y no lo digo por desprecio a los sitios sino porque lo importante es que al final acabaría en vuestra casa, al lado de vuestra cama o sobre la taza del váter. Pero el teatro nunca puede ser para vosotras solas. Ni os lo podéis meter en la mochila y llevároslo a casa. Es para compartir con nosotros. Es jodido, pero es así. No lo ponen por la tele. No os lo van a poner fácil. Si queréis ir al teatro tiene que ser cosa vuestra. Os tenéis que levantar, salir de casa y hacer planes. Esto es lo que no nos quitamos de la cabeza antes de salir al escenario y poder miraros a los ojos: hoy vamos a trabajar delante de este grupo de héroes, lo vamos a hacer solo para ellos, cara a cara, porque han sido valientes, porque están dispuestos a escuchar. Nos podríais dar una hostia o escupirnos, pero no lo hacéis. No sois muchos, pero hoy habéis desafiado al mundo para estar con nosotros.

Esta es una responsabilidad de carallo. No es fácil salir al escenario y miraros a los ojos, miraros tan de cerca

que pueda resultar incómodo. A nosotros nos gustaría confirmar en una mirada como ésta que no estáis ahí simplemente para reconocer una cara o una frase conocida, sino que habéis venido para dejaros sorprender por unos desconocidos. Pero es imposible saberlo. Lo cierto es que no nos han presentado. Pero habéis venido a la hora acordada. Puntualmente. ¿Qué es eso que os ha movido a salir de casa y abandonar vuestra soledad? ¿Qué es eso que habéis venido a escuchar con nosotros? ¿Y quiénes somos nosotros para deciros nada? ¿Qué os vamos a contar que no sepáis ya? ¿Que no os hayáis imaginado un montón de veces?

Estamos seguros de que habrá gente que sale a un escenario y no se hace ninguna de estas preguntas, gente que está ahí para que la miréis a ella y que no cruzará su mirada con la vuestra. Porque no lo necesita. Llevan ahí toda la vida. Y se lo saben de memoria. Es su negocio. Pero gestionar bien los egos es algo que cuesta lo suyo y acaba saliendo bastante caro. Lo nuestro, lo de las compañías, es otra cosa. No es que sea mejor, pero es más barata. No hemos tenido la suerte de ver como nos crecía en el estómago un ego que se va apoderando de lo que somos y por eso podemos sobrevivir con el estómago vacío. Así que yo diría que lo nuestro, lo de las compañías, no depende tanto de un contrato sino de un compromiso. No es que hagamos lo que hacemos por compromiso. Es que nos comprometemos con ello. Con cada cosa que hacemos.

Vamos, que damos la hostia de vueltas antes de ponernos a trabajar con algo. Discutimos, divagamos, nos entusiasmos, nos dispersamos hasta perder el sentido de la orientación. Y cuando ya lo damos todo por perdido alguien propone salir a la calle. Ahí empieza todo de verdad. Cuando te das cuenta de que no estás al servicio de un texto, ni de autor o un producto. Ni siquiera de tu propio ego desaparecido o del de tus compañeros, porque todos tenemos el estómago vacío y la cabeza a punto de

estallar. Entonces se impone la cordura, nos damos cuenta de quienes somos y que necesitamos hablar con alguien más. Con las mismas personas que a lo mejor vendréis al teatro. Gente que tenéis muchas más historias para contar que nosotros, aunque os las calléis y haya que sacároslas casi sin daros cuenta. Hacer teatro así tiene mucho más que ver con saber escuchar que con hablar en voz alta. Escribir así tiene mucho más que ver con saber levantar un acta que con componer diálogos más o menos ingeniosos. Tenemos que actuar como testigos. Escuchar bien ahora es lo que nos permitirá después escribir o decir algo que sea suficientemente creíble o convincente para salir al escenario y miraros a los ojos. No lo olvidéis, estamos obligados o comprometidos a decir la verdad. Pero también tenemos que actuar como detectives asilvestrados trabajando hasta la madrugada. Y para hacerlo medianamente bien, además de conversar y preguntaros, es importante ir a los sitios. Tocarlos, olerlos, tropezarse con ellos y caerse al suelo. Recoger pruebas y procurar que nuestra torpeza deje un rastro bien visible.

Queremos que nos sigáis la pista hasta donde haya un escenario e inaugurar una plaza sin nombre.

A veces es tan difícil conseguir un espacio donde ensayar que sentimos la tentación de cometer un delito para que nos metan en el calabozo y así tener un sitio donde trabajar mientras dura el proceso. Total, antes de empezar a ensayar es recomendable dejar tus objetos personales en la puerta. Aquí dentro no valen tu presupuesto, si es que lo tienes, ni tu nombre, ni tu currículum, ni tus premios. Solo valemos por lo que somos y por lo que seamos capaces de hacer con los demás. Bueno, en realidad no es para tanto, durante los ensayos estamos en una especie de tercer grado y podemos ir a dormir a casa todas las noches. Pero para poder marchar necesitamos elaborar un plan de huida que ya no valdrá para el día siguiente. No tenemos planos, trabajamos sin

rutinas, no hay normas ni disciplina. Es una cárcel que no merece ese nombre, pero de la que tampoco es fácil salir. Cada noche nosotros mismos levantamos los muros que a la mañana siguiente tendremos que derribar con nuevas estrategias y cada vez los levantamos con más conocimiento y por tanto son más firmes y difíciles de echar abajo. Cuando no encontramos escapatoria es cuando se hace imprescindible la presencia de los cómplices que hayamos hecho durante el proceso. Es entonces cuando nos tenéis que visitar, venir a contarnos otra vez lo que ocurre ahí afuera y como quien no quiere la cosa pasarnos de contrabando todo tipo de objetos e ideas de primera necesidad. Somos como un colectivo de presos luchando por alcanzar todos juntos la libertad. Cada vez tenemos más claro que nunca lo podríamos hacer individualmente y sin vuestra complicidad y participación en el proceso. Por lo tanto ensayar es montar un campamento para organizar la gestión de lo que tenemos en común con vosotros y ponerse a funcionar como una comunidad temporalmente autónoma, sin territorio definido, portátil y nómada, cuyo destino será viajar como si se tratase de una delegación diplomática en exilio permanente. Visto así el escenario se transformará cada noche en una plaza y ya no hablaremos de ir a ver teatro sino de encontrarnos en el teatro, en esta plaza sin nombre. Cuando todo a nuestro alrededor tiende a ser una gran fiesta globalizada de enorme complejidad tecnológica, para nosotros hacer teatro se convierte en un acto simple y localizado, un lugar de encuentro entre personas.

Andamos siempre por el margen, hacemos de los márgenes un camino

La circulación por los territorios culturales también está acotada por leyes de todo tipo. Las políticas de inmigración escénica son muy restrictivas y las posibilidades de acceder a las plazas con mayor bienestar son muy escasas para los que somos nativos de la periferia. Es increíble que aún haya periferia, que haya

más periferia que nunca, que el centro sea tan pequeño que casi todo los demás sea periferia. Se han trasladado a la cultura las estrategias de concentración de la navegación aérea para favorecer la circulación global de las mercancías y ahora vayas adonde vayas cada vez más hay que pasar por El Centro, pongamos que hablo de Madrid por ejemplo. La política de recortes y penalización fiscal en cultura que tan bien ha sabido diseñar y ejecutar el gobierno español, ha provocado la desactivación de muchas nuevas centralidades que estimulaban la circulación cultural por rutas secundarias. Se han dinamitado los puentes que garantizaban la movilidad escénica entre los distintos territorios que componen este país al que difícilmente podemos seguir llamando España. La movilidad es integradora cuando se vertebra en red y su naturaleza multidireccional se desarrolla en torno a nuevas centralidades surgidas del propio intercambio entre pares. La cultura escénica española necesita nuevas centralidades fuera de Madrid y Barcelona o dejará de tener el más mínimo interés. Y esas nuevas centralidades deberían extenderse por los márgenes usando como energía la ilusión y la experiencia acumulada como un tesoro por muchas compañías esparcidas por los sitios más insospechados, donde hemos resistido el temporal gracias a los vínculos establecidos con nuestras propias comunidades.

Sería esperanzador que os pudieseis reconocer en nuestras compañías como si fuésemos equipos de fútbol que nos vamos a jugar la vida para dejar testimonio de lo que sois. Y aunque no entendieseis lo que digamos en nuestra lengua podríamos miraros a los ojos y confirmar en vuestra mirada que habéis venido a dejaros sorprender por unos desconocidos.

Xron / Grupo Chévere

